

Alberto Baeza Flores y la poesía caminante

LUIS JIMÉNEZ MARTOS *

LOS gurús de cierta crítica determinaron hace tiempo que no es ortodoxo referirse a la persona del autor, sino que es preciso establecer una distancia entre el sujeto agente y su obra. Entre nosotros, esta teoría, que procede del formalismo ruso y de la propuesta estructuralista, también prendió, con retraso, según costumbre, en algunas manifestaciones de varia incidencia. La estilística y el análisis sociológico cedieron un poco de cancha en el examen de la poesía. Pero, naturalmente, sin absorberla. Los eclécticos disponen de piezas para combinar. Los eclécticos no se rinden.

Alberto Baeza Flores vino al mundo el 11 de enero de 1914 en Santiago de Chile, y a la lírica impresa en 1937, al publicar *Experiencias de sueño y destino*. Después de Gabriela Mistral, la andina, y Pablo Neruda, el oceánico, echó a andar, en tierra propicia a los poetas de mucha nota, la llamada *generación de 1938*, donde se incluyen, aparte de Alberto Baeza, Nicanor Parra, Antonio de Undurraga, Gonzalo Rojas y Roque Esteban Scarpa, entre otros. El signo que caracterizó a algunos de sus miembros, en ese arranque, fue la actitud política enfrentada al nazifascismo, que haría de *Cartel* un mural de cultura popular solidarizado con los combatientes por la República en la guerra de España. Pronto, las aventuras literarias y políticas llevaron a Alberto Baeza a La Habana. Allí hizo amistad con Manuel Altolaguirre y Concha Méndez, que seguían haciendo sus primorosas ediciones, y con el grupo de la revista *Orígenes*, o sea, José Lezama Lima, Cintio Vitier, Gastón Baquero... Ya casado con Elsa Pacheco Reyes, se inicia otra etapa de su itinerario que, en 1943, tiene por destino la República Dominicana. Nacen *Los Triá-logos (Cuadernos de poemas y ensayos para un lirismo colectivo hacia el siglo xxi)* y, poco después, *La Poesía Sorprendida*, una revista que, hasta 1947, mantuvo su fidelidad a las ideas de Magna Patria y de la Utopía Americana, con cubanos, dominicanos y puertorriqueños en esta empresa, que Juan Ramón Jiménez llamaría *heroica*.

En Bayamo (Cuba) centró este poeta, durante algún tiempo, su cuartel general. Ello le hizo vivir la Revolución Cubana, en su primera fase. Pero Alberto Baeza, por razones ideológicas, no estaba destinado a ceñirse a las peripecias de ese hecho histórico, y tras un viaje por toda la América hispana, empezaron lo que él considera sus años difíciles. Desde México saltó a París, para trabajar en el equipo de *Cuadernos* y del *Centro de Documentación y Estudios*.

* Córdoba, 1926. Licenciado en Derecho. Dirige la Colección Adonais. Premio Nacional de Literatura y Premio Villa de Martorell en Poesía. Premio Juan Várela en 1974.

Conocer a Salvador de Madariaga y a Dionisio Ridruejo fue una experiencia decisiva, motivo de sus estancias en Madrid durante 1966 y 1967, con el riesgo que es de suponer dada su adscripción a las actividades del frente democrático. Entonces le conocí, casi a la vez que a Miguel Arceche y a Humberto Diez Casanueva. Este chileno ya había adoptado el patronazgo de Ulises para su vida. Por Europa, América y Oriente se orientaron rutas baezanas unidas a lo que Eugenio d'Ors entendía por *heliomaquia* (lucha por la cultura). Entre sus empeños hay que darle relieve a la revista *Nueva Sociedad*, en cuyo Consejo de Dirección figuraban Mario Soares, Enrique Tierno Galván y Luis Alberto Monje. Este último, futuro Presidente de Costa Rica, fue uno de los que asistieron a la lectura de Alberto Baeza en el Aula de Poesía del Ateneo de Madrid, a mi cargo desde 1974 a 1980. Había aparecido en *Adonais* su poemario *Caminante en España*. Estaba próximo a concretar su deseo de establecerse en Madrid, lo que se cumplió, en 1978. La ítaca, que no excluye otras ideas y retornos de un andante por naturaleza, vino a llamarse *Los Arroyos*, en la Sierra de Madrid. En ese enclave celebró, entre amigos, sus setenta años de brega continua, testificadora de revoluciones (Cuba, España, la República Dominicana), explosión de la primera bomba atómica, luchas por la libertad del hombre, entusiasmos y decepciones. Siempre estuvo disponible. Siempre con un cuaderno al alcance para escribir y una grabadora para enriquecer su archivo sonoro. Siempre pronto a sumarse a las nuevas iniciativas y a divulgar, en sus crónicas, el fluir bibliográfico.

Un poeta es lo que ha vivido, y, en este caso, el binomio biografía-obra posee una concordancia absoluta. A un viajero por el mundo corresponde una visión planetaria. Sesenta libros lo demuestran. Como Antonio Machado, uno de sus maestros inamovibles, Alberto Baeza cree que *se hace camino al andar*, y como Juan Ramón Jiménez, que tanto le alentara, estima que, de cuando en cuando, una amplia antología puede resumir cada etapa del quehacer. *Poesía caminante* (1934-1984) (1) es la tercera de estas abundantes recopilaciones, cuya perspectiva, según indica su membrete, es la pasión andariega. Conviene precisar, inmediatamente, que no se trata de ningún panorama turístico ni de ningún alarde cosmopolita, aunque de forma secundaria incluye ambas cosas, sino de una expresión, que va sucediéndose, donde hay un enlace de las coordenadas espacio-tiempo-individuo a través de lo que se mira y de lo que la experiencia desenvuelve sin pausa.

La tentación tráfuga de la poesía española se iniciaría en el *Poema del Cid*. Esa constante no ha cesado hoy. Tal impulso dinámico tuvo arraigamiento en Rubén Darío y los modernistas hispanoamericanos y españoles. Miguel de Unamuno, por su muy singularizada cuenta, hizo más verdad que nadie, pese a su resistencia a ser clasificado entre aquéllos, ese aliento poroso del espíritu que él encuadraría en los paisajes de España, Portugal y la Francia de los años del forzoso exilio. Pues bien; si ensayamos una aproximación del proceder de Alberto Baeza que, como digo, participa del axioma ma-chadiano, viene a la memoria el *Cancionero* de Unamuno. La semejanza, a mi entender, deviene de la valoración determinante del instante que pivota el poema. Se acotan los momentos. Aparece concentrado, por lo común, el lenguaje. En Unamuno y Baeza Flores,

(1) *Poesía caminante* (1934-1984, Playor, Madrid, 1986, 428 páginas.

la poesía es como un diario en el que se transcribe, formalmente al vuelo, la emanación sucesiva del ser, la anécdota y la categoría. Esa manera traslaticia, abierta, desplegable, que, en esta ocasión, es universal, encauza múltiples motivos: entrañados, paisajísticos, evocadores de figuras, filosóficos, éticos... Un hilo los reúne: vagar. Declara el poeta que ésta es su profesión: «Cuando tenga que hacer el balance de todo, / diré, sencillamente, a Dios: / Señor, no tengo oficio conocido. / He aprendido del polvo y la ceniza. / Sencillamente he caminado igual que el río. / A veces me he cansado, pero he continuado. / Lo demás lo ha hecho el viento y, también, el olvido». Este trozo, como otros muchos, revela un modo de componer espontáneo (Baeza no tiene por costumbre ningún retoque) en beneficio de la frescura y respondiendo a una especie de urgencia. Otras veces, cuando el verso se ajusta a rima y medida, hay un eco de la contextura modernista (los finales agudos, el uso del alejandrino y de la cuarteta redondeadora en pocas palabras). Puede apreciarse, por tanto, una oscilación entre rítmicas, aunque predomina la libre. La norma es una flexibilidad que no quiebra, o casi, el tono unitario. Aunque la escritura de Alberto Baeza se alargue, en los ejemplos más descriptivos y exaltadores de circunstancias históricas y personajes que las protagonizaron, su acento tiende a la media voz, al testimonio íntimo de lo que le rodea, a eludir la elocuencia y lo abstracto.

Desde su juventud, este chileno inquietísimo fijó su mirada en Oriente. Ya Tagore entusiasmó al primer Neruda, como a Juan Ramón, que hizo tanto hincapié en la obra del hindú, dándole el toque final a las traducciones de Zenobia Camprubí. Baeza Flores apura la poesía aún lastrada por la retórica y la imagen de poeta americano (se mide aquí el bloque en que campa por sus respetos), antes de que Ornar Kayan y la lírica de otro continente vayan penetrando en la suya. Este influjo se produce a raíz de una visión directa de esos países, que lanzaron sus señales de misterio a la Europa cansada de la razón y de la sinrazón. No es el exotismo lo que encandila al contemplante, sino lo que posee de sentencia y de síntesis, de zumo esencial y de cercanía amorosa a la naturaleza, el legado que suma miles de siglos. Así: «El ser siempre retorna de sí mismo / como esta hoja, esta flor, estos soles que estallan. / La primavera es la invisible ciencia / de estrenar cada noche la nueva madrugada». O bien: «A veces somos como ruiseñores ciegos / que se estrellan de pronto, contra los grandes ventanales / y caemos un día, golpeados por el ala del ángel / sin llegar a saber que el choque con la muerte es un misterio», etc. Esta técnica comprensiva alterna con las otras —tradicional o no—, pero se entrama, frecuentemente, en el estilo de Baeza Flores, cuidadoso de las palabras precisas, en las que una reflexión sobre el tiempo le ocupa cada vez más: «El tiempo no es de nadie / y tú sigues hilando en la tela del tiempo / la perfección de lo que el tiempo olvida. / La vida no es de nadie... / Si de alguien es del viento, / y tú, araña, nos dices que el tejer silencioso / es el secreto de la filosofía».

El trashumante adensa sus emociones sin que la llamada de lo espacial deje de atraerlo, aunque no como antes. Imagina que es un Ulises cósmico, y, como en sus primerías, el siglo xxi le obsesiona. A su nieta Natalia le dice: «Será tu siglo. Vívelo de un instante a

otro instante». Instante: he aquí la cuestión para este devorador de ellos. Abarcado el gran río de su obra, se hace indudable que su estética puede ser denominada igual que aquella revista de los años cuarenta: *La poesía sorprendida*. Porque la captación de lo momentáneo es la clave, porque lo que importa a Baeza Flores tiene mucho que ver con llegar a punto para que el *elán* poético sea revelado. No hace falta sino el apunte de su existencia, en las cosas, en los seres, en el interior. Dos medidas se hacen compatibles: la del Cosmos y la de lo que nace cada día.

El descubrimiento de España, palmo a palmo, en compañía de su mujer y de su hija Elsa Baeza o a solas, va trazándose en un *Mapa Emocional*, cuya primera toma de contacto dice: «España con su ojo fenicio y la mano romana sin el dedo meñique, / con su pie griego que se quedó en el polvo dolorido, / con la voz visigoda enterrada en el viento, / y sus símbolos mágicos de cultos pirenaicos»... Esa cartografía incluye todas las regiones y, especialmente, los lugares del Sur, de otro Sur. El peregrino busca en Baeza sus ancestros, recibe la más alta distinción de la ciudad donde Antonio Machado madurara. A un calé andaluz le saluda: «Gitano errante del trigo y de las águilas. / La tierra es un camino. (También lo es España.) / Vida y muerte son sólo el resplandor del filo de un cuchillo, / un terrestre relámpago, tierras de una mirada». Su *Cuaderno andaluz* no deja nada sin anotar. Su *Cuaderno de Madrid* dibuja lo ilustre y lo pintoresco. En el homenaje a los poetas hay estos nombres: Juan Ramón, Antonio Machado, Guillen, Salinas, Quevedo, Bécquer... El Escorial, «monje de piedra, tiene golondrinas que dan sus sombras de vuelos a las piedras, / cuando la eternidad comienza a ser vuelo de pájaro».

Jesús, el Hijo del Cosmos, remata este inventario personal de Baeza Flores. Quien vino a «enseñarnos a vivir / desde la intimidad de las galaxias» concreta una evocación que se asocia a la realidad de aquí y ahora, al ansia de definir lo eterno, al viaje que otros harán por las lindes astrales. El poeta se autodefine: «¡Ay!, soy sólo un escriba que nació ciego / para nombrarte, / que nació mudo para seguir la huella de un perfume... A veces el tiempo deja de ser el tiempo / y el espacio cambia de sitio para vernos».

Un escriba de incansable creatividad. La sencillez y la transparencia le han asistido siempre. Ningún prurito de vanguardia le atrajo, cuando los movimientos de ésta cundían. Su lenguaje no fue por ahí. Pertenece a la estirpe de los rehumanizadores. Sintetiza corrientes. En su materia realificada se traslucen todas las esquinas del mundo, la historia contemporánea, la antigüedad, en su preciosa serie sobre Pompeya, el álbum abierto del mundo. El mejor Baeza Flores está en los poemas de unas cuantas palabras verdaderas, en el que se hace ternura y meditación. Este hombre acostumbrado a la conquista de horizontes halla su impronta que le distingue en la sedimentación de lo pequeño, como si se detuviera al borde del camino.